

axiomas matemáticos se les asigna un origen empírico, lo que nos pone ya un poco lejos de Kant. Oiga el Sr. Dr. Parra lo que dice el Sr. Dr. Ruiz en la pág. 141 de sus *Nociones*: "Consistiendo la demostración en la deducción, claro es que en el último análisis su verdad depende de la inducción (*que es á lo que se reduce toda deducción*). Lo cual quedará enteramente corroborado si llegamos á probar que los axiomas, base de la deducción, son *inductivos*." Ya ve, pues, el Sr. Dr. Parra, cómo la manera con que entienden la deducción los positivistas en nada favorece sus pretensiones, y si viene á corroborar plenamente lo que hemos asentado, porque esa supuesta deducción no viene á ser en realidad más que una inducción *evolucionada*. (Perdon por el neologismo). Creemos, por lo expuesto, haber comprendido la cuestión de que se trata, y el Sr. Dr. Parra convendrá con nosotros en que no nos hemos separado de la verdad cuando dijimos que el *Positivismo* no es positivista, si efectivamente profesa su apreciable director esa aversión de que participamos nosotros hácia los sistemas empíricos y sensualistas.

Fuertemente ha llamado la atención pública un dictamen redactado por el Sr. Dr. D. Luis E. Ruiz, y presentado en el Congreso higiénico pedagógico sobre esta cuestión: "¿Cuál es el método de enseñanza que da mejor instrucción á los niños sin comprometer su salud?" Escrito dicho dictamen en sentido positivista, no nos sorprende ninguna de las aserciones que contiene. Rechazando esa escuela todo conocimiento trascendente, claro es que tiene que asentar gravísimos errores tanto en el orden psicológico como en el moral. Entre las facultades intelectuales queda suprimida la razón como facultad de lo suprasensible, llegando á la inaceptable teoría del silogismo expuesta y sostenida por Mill. En cuanto á la moral se le da una base puramente sensualista, es decir, se eliminan las ideas de deber y derecho, sustituyéndolas con el placer y el egoísmo. Combinada esta doctrina con el sistema frenológico, concepción ruinosa para el positivismo, según Littré, la educación queda reducida á algo mecánico, pues todo el secreto de ella se encierra en suprimir ó desarrollar órganos, como podría hacerse con la crianza de una planta ó de un animal. Se habla mucho de moral científica, y sin embargo, vemos que las doctrinas presentadas reposan en una serie de aserciones hipotéticas, que se dan por resueltas y que sin embargo están muy lejos de ser indiscutibles. Oigamos un momento:

"La observación nos enseña que en nuestra alma hay inclinaciones buenas é inclinaciones malas; que ambas espontáneamente solicitan los actos cuyo ejercicio las satisface, por el solo hecho de recibir con ello placer y sin otra consideración." Aquí deseáramos que se nos dijera cuál es el criterio positivista para distinguir el bien del mal; si ámbos se distinguen esencialmente, ó es negocio de convención, apreciación ó circunstancias como hay que admitirlo en una doctrina que rechaza lo absoluto; si el mal tiene una existencia positiva ó es simplemente la negación del bien, y si en tal caso lo que se llama inclinación al mal no sería más que una desviación de la inclinación al bien y no una cosa aparte; por último, cómo puede explicarse la existencia de órganos discordantes en un mismo ser que tienden á la realización de fines opuestos. "Por otra parte, continúa el dictamen, es un hecho científicamente comprobado que sin órgano no hay función" (de manera que estará también probado científicamente que no hay funciones puramente espirituales. Recuérdese, sin embargo, que los positivistas sostienen que no son materialistas,) "y que ésta (la función) disminuye ó aumenta en la misma proporción que el órgano. Estas sencillas consideraciones (que como se ve, no tienen precisamente el carácter de axiomas), nos marcan con toda claridad, el camino que debemos seguir para alcanzar el fin de la moral." (Atención!) "Desarrollar los órganos de las acciones benévolas y atrofiar los de las contrarias para moralizar al educando al más alto grado." En efecto, el medio es sencillísimo: si nuestras inclinaciones no son más que funciones de órganos, y sin órgano no puede haber función, claro es que suprimido el órgano queda suprimida la inclinación. Obsérvese por ejemplo que un niño es inclinado á mentir, á reñir con sus compañeros, á apropiarse las cosas ajenas; el preceptor se cuidará bien de hacerle comprender el deber ineludible de decir la verdad, de inspirarle el sentimiento de la dignidad propia y el respeto á lo que no es suyo; todas esas son ideas metafísicas que la ciencia positivista desprecia y rechaza: el medio seguro, infalible, científico, está ya indicado: búsquese el órgano de la mentira, del robo ó de la *combatividad*, atrofíese, y desar-

róllese en cambio el órgano de la verdad, del respeto á lo ajeno ó de la concordia, y ya tendremos al niño convertido en un modelo de moralidad y buenas costumbres. Queda sin embargo una pequeña dificultad, "y es que en la actualidad ignoramos totalmente cuáles son los órganos de unas actividades y cuáles los de las otras." (Pues vea V. que el caso no deja de ser peliagudo. Sin embargo, la ciencia positivista allana todos los obstáculos). "Este es un hecho inconcuso; (el de la ignorancia de los órganos), pero para conseguir el resultado tan deseado que buscamos, no es necesario poseer aquel hecho." (Efectivamente; para asegurar que una cosa procede de otra, no es necesario conocer ésta; de algo nos ha de servir nuestra facultad de crear hipótesis). "En efecto, la biología prueba irrefragablemente que todos los órganos se desarrollan con el ejercicio y se atrofian por la falta de él; (y ¡habrá probado la biología irrefragablemente que nuestras inclinaciones morales son funciones de órganos?) "en consecuencia si dirigimos la educación de tal manera que hagamos que las acciones buenas se repitan con frecuencia, y al mismo tiempo las malas se eviten lo más posible, después de algún tiempo habremos conseguido (no obstante ignorar lo relativo á localización) que los órganos encargados de los primeros actos se hayan desarrollado hasta predominar ventajosamente sobre los encargados de los segundos. Es decir, habremos conseguido en la práctica la moralización del educando." (Hé aquí lo que se llama resolver *científicamente* uno de los más áridos problemas de la pedagógica.)

Viene en seguida la cuestión de disciplina, ó sea la aplicación de estos principios; para esto no hay más que consultar á la naturaleza que nos rodea, "allí encontramos el principio fundamental, de donde es posible sacar el precepto para proceder á la educación moral." Siempre la observación sensible, y nada más que esa observación. Ahora bien ¿qué es lo que enseña la naturaleza? "Que cuando un niño se da un golpe, ó se pincha con un alfiler, ó se quema en la flama de una vela, experimenta un dolor más ó menos fuerte, cuyo recuerdo tiende á hacerle más prudente, y si estos hechos se repiten acabarán por hacerle evitar los obstáculos, abandonar el mal camino y que dirija su conducta en tal vía que pueda proporcionarse consecuencias buenas inmediatas ó remotas." Aquí tenemos el criterio sensualista aplicado á la moral en toda su desnudez: buscar el placer y evitar el dolor, hé aquí todo. En efecto, la observación de los fenómenos da al niño estas dos reglas: "1.^a que el efecto doloroso es siempre proporcional á su trasgresión; (lo cual no es siempre exacto pues depende de las circunstancias); y 2.^a que estas consecuencias amargas, de su mala conducta son en todos los casos directas, constantes é ineludibles. (Lo cual tampoco es cierto, pues no siempre una acción mala produce efectos dolorosos). Y esta inexorable concatenación entre su conducta y las consecuencias que le desagravan de no admitir apelación ni excusas, le harán precavido y pondrá el más grande cuidado en dirigir bien su conducta." (Es decir, que se adquirirá una gran destreza para evitar el mal físico, una fina astucia para nulificar las consecuencias desagradables de una mala acción). Por consiguiente, "el procedimiento educativo que debemos seguir, consiste en *disciplinar* por medio de las *consecuencias naturales* que nazcan de las acciones que cometan los educandos."

Otra vez examinaremos los monstruosos resultados de semejante doctrina, en la cual todo lo que eleva al hombre, todo lo que le coloca encima del bruto y forma la aureola de su grandeza, queda suprimido de un solo golpe. ¿De dónde sacaríamos por la observación de la naturaleza la virtud que desprecia el dolor y la muerte; la abnegación que impone los más duros sacrificios; el respeto á los padres, la caridad hácia el desvalido, el amor á la patria, todas esas inspiraciones heroicas por las que se inmolan los más caros intereses en aras de deberes ineludibles y eternos? Repetimos que nada de esto nos sorprende tratándose de una doctrina que encierra al hombre en el círculo de la naturaleza sensible, en el estudio de sus fenómenos y leyes; pero aquí se presenta una cuestión muy grave, y es la siguiente: ¿conviene al Estado que semejantes principios se propaguen y enseñen en los planteles destinados á la educación de la juventud? ¿Es conforme al espíritu de nuestras instituciones ese materialismo práctico que tiende á ahogar toda noción de derecho, á relajar todos los vínculos reduciendo la sociedad á una guerra de todos contra todos, según la gráfica expresión de Hobbes, el más lógico y consecuente de los

sensualistas? Abandonando por ahora tal cuestión al exámen de los hombres pensadores, concluiremos esta parte de nuestra revista con el siguiente pasaje de un discurso que pronunció últimamente en el Congreso pedagógico de Madrid, D. Emilio Castelar, y en el cual se toca uno de los puntos más delicados de la enseñanza:

"Hay muchos que por sistema combaten toda creencia religiosa; muchos que han borrado el dogma de las grandes necesidades del alma como han borrado la metafísica de la clasificación de las ciencias. Y un día el misterio inexplicable surge; la eternidad abre sus abismos y recoge una vida amada como el mar amargo una gota de dulcísimo rocío, de aquellos lábios que nos ofrecieron la miel de sus besos y de aquellos ojos que nos iluminaron hasta los recónditos senos del espíritu como luz divina y nos enardecieron hasta las médulas de los huesos como corriente de electricidad y magnetismo, solo quedan unas concavidades frías y oscuras que ni miran nuestras lágrimas, y las rodillas se hincan y las manos se juntan y la cabeza se cae sobre el pecho, y le pedimos al eterno silencio y al olvido eterno que haga otra vida allende la huesa, y detrás de esas moles y de esas fuerzas y de esos fluidos y de ese éther y del inmenso espacio, una inteligencia que todo lo dirija y un amor que no nos deje huérfanos en nuestra soledad y en nuestro desamparo. Maestros, decid á vuestros discípulos que crean en una religion; pero dejad, ese es vuestro deber, la religion en que han de creer al cuidado de la madre y á la inspiracion del sacerdote. No olvideis que la diferencia de ideas religiosas es tan inevitable como la diferencia de ideas políticas; limitaos á pedir á vuestros discípulos que crean y que amen sin perjuicio de su fe á los que no creen como ellos. La escuela, para estar unida con la religion eterna, debe estar separada de todas las religiones, cuya enseñanza quedaria siempre á cargo de la familia y á la Iglesia respectiva y en último término al cuidado de la eterna reveladora de las ideas religiosas, al cuidado de la conciencia individual. Para corresponder á vuestro tiempo sed maestros, sed por conviccion y por deber, ministros de la tolerancia universal.

"En el último grado de la vida, sobre nuestro esqueleto, sobre nuestra complexion, sobre el hogar doméstico, sobre el trabajo que vivifica, sobre el arte que crea, sobre todas las manifestaciones del espíritu, está la ciencia. No toca ciertamente á vosotros iniciar el espíritu en todos sus ideales y en todos sus misterios. Pero habeis de llevarlos hasta el pórtico y habeis de inspirarle amor á lo más digno y más noble, á la adquisicion de la verdad por el esfuerzo propio y peculiar de la razon individual. Partid de lo sencillo para ir á lo compuesto y complicado; anteponed en vuestra modesta enseñanza lo concreto á lo abstracto; buscad los hechos más que las ideas; proceded como el género humano que ha ido idealizando el principio de las religiones hasta llegar del ídolo grosero al Dios de Cristo y de Platon, que en el comienzo de las ciencias filosóficas atribuyó por la escuela jonia el principio de las cosas, al agua ó al aire, entidades materiales, y luego con la escuela itálica, al número, entidad medio material y medio espiritual; y luego, con la escuela eleática, á la idea, entidad espiritual. No olvideis que el hombre está entre dos infinitos, entre el infinito material y el infinito moral como un ave que vuela entre dos abismos. Y despues que hayais despertado el amor á la ciencia, dedidles á vuestros discípulos que la vida no tiene precio ninguno cuando á toda ella no precede el desinterés más completo, y cuando hasta ella no se consagra con ahinco al cumplimiento del bien por ser bien y á la realizacion de los fines naturales, intelectuales, morales de toda la humanidad sobre nuestro mísero planeta."

Ha acabado de imprimirse la obra del Sr. Dr. Ruiz intitulada *Nociones de lógica*, que á su debido tiempo anunciamos. Como dijimos entónces, la obra pertenece por completo á la escuela positivista. Pronto hablaremos extensamente de ella, por tener un interés de actualidad.

México, Agosto 1° de 1882.

J. M. VIGIL.

EMILIO LITTRÉ.

LA FILOSOFÍA POSITIVA, SUS TRASFORMACIONES, SU PORVENIR. (I)

III.

Las formas del escepticismo varian segun la naturaleza de los espíritus y segun los tiempos. Sólo á las grandes almas, raras en todas épocas y trabajadas por el pensamiento interior, puede referirse una duda como la de Pascal, que no es más que la investigacion ardiente de las verdades superiores y la desesperacion de no poder darles la evidencia de la geometría. Tampoco puede tratarse, salvo para algunos aficionados, de la duda erudita, elegante, epicurea, á la manera de Montaigne, lo mismo que de la crítica sabia, erizada de abstracciones y de fórmulas, de Kant, si no es para los filósofos de profesion, únicos que pueden ser sensibles á las turbaciones del idealismo subjetivo. Naturalmente venia á ofrecerse el positivismo á un gran número de inteligencias de este tiempo, unas que detestan y desprecian por instinto la metafísica sin conocerla, otras fatigadas de discusiones eternas é inútiles, que han encontrado en esa filosofía la forma predestinada y popular del escepticismo en un tiempo como el nuestro, testigo del progreso de las ciencias, de sus fecundas aplicaciones, de la constancia y regularidad de sus resultados. Es un escepticismo limitado. A decir verdad, no hay ya escepticismo absoluto posible; las experiencias repetidas, las verificaciones siempre posibles, la precision del cálculo, impiden, al ménos prácticamente, la duda en el orden de los hechos físicos y sensibles. Ese nuevo escepticismo, conforme con los instintos científicos, así como con ciertas prevenciones de nuestra edad, no recae sino respectó de los objetos metafísicos; en todo lo demas es un dogmatismo estrecho; cree en los hechos físicos y en la relacion constante de los hechos; cree tambien, sin definirla claramente, en la naturaleza, en la necesidad y su eternidad.

(1) Véase la página 97.